

La brujería se presenta en sociedad

PARA los ocultistas, para los creyentes en la brujería, estamos entrando en la era de Acuario. Será ésta, según dicen, una etapa caracterizada por una gran espiritualidad, en la que el hombre verá, con claridad y nitidez, muchos misterios hasta ahora ocultos. La famosa bruja inglesa Sybil Leek, residente actualmente en Estados Unidos, lo ha expresado muy bien: "A medida que avancemos en la edad acuariana —ha dicho— comenzaremos a ver con claridad los errores e imágenes falsas de la era de Piscis... El pez simboliza a la presente edad pisciana, caracterizada por la pompa, el espectáculo, la poesía, la beneficencia personal y el sufrimiento. El pez nada aguas arriba para depositar sus huevos, de los que nacerá la era de Acuario. Acaso somos afortunados por hallarnos en los umbrales de este período... Si la astrología logra convertirse en ciencia característica de la era espacial, la brujería bien podría ser la religión del futuro" (1).

En efecto, astrología y brujería son cada vez más un punto de referencia cotidiano. Hace poco más de un mes, un Congreso Internacional de Brujería reunido en Barcelona pedía libertad total para los adeptos de la "vieja religión", que es como los brujos denominan a sus creencias. Y si hace unos seis años el sociólogo francés Edgar Morin (2) se mostraba asombrado por la proliferación del ocultismo en Francia y por la existencia de la pitonisa Madame Soleil, ahora, ya en el último cuarto del siglo XX, hay que constatar un auge creciente de los creyentes en el ocultismo y en su progresiva "ocupación" de los medios culturales (el cine sobre todo), en los que se pierde paulatinamente esa necesaria división entre fantasía y realidad. Desde luego que la fantasía es real en sí misma, pero no hay que confundir con que sea verdad. Y es sobre esta simple distinción —confundiéndola— sobre la que opera solapadamente el arte fantástico de nuestro tiempo.

De los ovnis a las brujas

El mismo Morin, en su obra establecía que las creencias ocu-

tistas se mezclaban con ideas del Extremo Oriente y de la ciencia-ficción, especialmente los tan traídos y llevados platillos volantes y los seres extraterrestres. En efecto, sin mucha concreción, pero de manera cierta flotan por el aire y son creídas por un elevado número de buenos burgueses, la gran mezcla de creencias paranaturales de las que se va "sacando" muestras de magia negra y blanca; Astrología y Tarot, junto con otros medios de adivinación menos ortodoxos; satanismo; creencias en nuestros antepasados prímigenios y en nuestros vecinos galácticos; existencia de fantasmas y entes astrales; persistencia invisible de energía espiritual; poderes de la mente, telequinesia, etcétera. Hasta la levitación, ya dejada de lado hace mucho años, parece que tiene sus adeptos.

El cine machaca sobre el metal caliente. Lo que era anecdótico en "La semilla del diablo", de Polanski, según la novela del satanista Ira Levin, es ya un plato normal desde "El exorcista" y "La profecía", hasta "La maldición de Damien", siempre sobre el viejo tema del Satán-Anticristo y es que, como hubiera dicho Michelet, "fue menester que el mismo infierno pareciera un asilo contra el infierno del mundo". Y el director Brlam de Palma sigue su carrera parasicológica, ahora en su última película, mezclando los poderes de la mente con la CIA. Y se estrena "The shout" según la novela de Robert Graves, con regusto de magia negra y hechicería primitiva. La prensa amarilla sigue con la fácil milagrería y los misterios espiritistas a base de voces pretéritas aún audibles y rostros impresos en viejas mansiones. La literatura echa su cuarto a espadas, y hasta un escritor tan conservador como Luis de Castresana publica un "Retrato de una bruja".

Ni que decir tiene que en la otra vertiente —la de los fenómenos galácticos y espaciales— el cine ha resucitado el género "de marcianos", que ya parecía desaparecido tras "2001. Una odisea del espacio". Sin embargo, se hacen y se venden muy bien "La guerra de las galaxias" y "Encuentros en la tercera fase". Se dirá que es una confusa mezcla de descarada ficción y de posibilidades reales, pero el efecto es el mismo: se crea un ambiente y es, a la vez, un buen indicador de los

derroteros por los que camina el irracionalismo del hombre medio.

Es ese ciudadano que acude, o desearía acudir, a la multitud de astrólogos, adivinadores y quirománticos, echadoras de cartas e intérpretes de Tarot que comienzan a proliferar en las ciudades de Occidente. Hace diez años había en Francia 50.000 gabinetes de consultas mágicas y su número ha crecido desde entonces. Hace cinco años había 200.000 astrólogos en Estados Unidos. En Gran Bretaña hay unas ocho mil personas creyentes de la "vieja religión", es decir, la brujería, y más de cuatro veces este número son los que parece haber en Estados Unidos, donde hacen una dura competencia a los psiquiatras. En España estamos empezando, pero con notable fuerza.

Un botón de muestra

Diego Araciel, marqués de Araciel, es uno de nuestros más destacados adivinos, astrólogos, confeccionadores de horóscopos y sanadores espirituales, en general. Diego Araciel, de un poco más de mediana edad, es una especie de Antonio Gala (por el físico y la apostura) que derrama amable espiritualidad sobre las cabezas de sus oyentes, generalmente atentos y expectantes. Se muestra orgulloso de una entrevista que le hicieron hace algunos años en la revista "Posible" y en la que pronosticó que España sería socialista. "Y esto en vida de Franco —sonríe—. Hubo un escándalo mayúsculo".



La astrología y brujería son cada vez más un punto de referencia cotidiano (en la foto, grabado de Goya que muestra a una bruja paseada por el pueblo).

(1) Sybil Leek: "Diario de una bruja".
(2) E. Morin: "El retorno de los astrólogos".



El último cuarto de nuestro siglo revela un creciente auge del ocultismo.

Este marqués, que descubrió un día que era capaz de tener premoniciones con absoluta claridad y buenas condiciones para comprender e influir sobre el espíritu de sus contemporáneos, recibe diariamente en su vivienda astrológica del barrio de Argüelles una ininterrumpida fila de hombres y mujeres (los caballeros consultan temas de negocios; las señoras, de amor) de la mejor sociedad madrileña. Hay personajes de la nobleza más renombrada, políticos y banqueros. Más de un ministro de Suárez le consulta y un famoso banquero miembro de una de las familias más poderosas del país, dice: "Es tan bueno. Se sienta con sus gafitas sobre la nariz y lee el periódico. Como un niño". Está hablando de un caballero más que maduro en edad de jubilación.

Por lo demás, Araciel sabe todo lo que hay que saber sobre la vida íntima de nuestros prohombres, porque también entiende en los asuntos espirituales de sus esposas y de sus "affaires du coeur". Pocas personas llevan una relación tan exacta de la historia sentimental y social de las "visitadoras" procedentes de Chicote, al-

gunas de ellas muy bien situadas actualmente.

Si madame Soleil impresionaba al director general de la Banca Rothschild y Presidente de Francia, George Pompidou, nuestro Araciel tampoco se encuentra muy lejos del poder. Por su cuenta y riesgo ha descubierto una profecía de Nostradamus, que dice que "España alcanzará su máximo esplendor cuando tenga en su trono a una mujer grlaga". Así, pues, su visión es optimista y ve un futuro rosado para España, en donde no tardarán en gobernar los socialistas, según dice, reafirmando su premonición en "Posible". Esta su postura política, suavemente izquierdista, contrasta con la de Patricia Crowther, la gran sacerdotisa de la brujería inglesa, que vota por los conservadores y echa de menos a Winston Churchill (¿será capaz de hacer algo por una eventual vuelta al mundo del orondo Premio Nobel?). Cree que los laboristas van "a meter dentro de casa a los comunistas". Con lo que se demuestra que entre los adivinos hay también contraste de pareceres.

En donde hay consenso es en

reconocer que la "espiritualidad" se está imponiendo sobre la vil materia. Lo dicen convencidas tanto la Crowther, como Sybil Leek, como nuestro marqués adivino. "La gente quiere amor", dicen, y se ponen en posturas vagamente pacifistas y antiviolentas.

También están de acuerdo en la reencarnación, al estilo hindú. Es decir, la vuelta a la vida en otros seres, cada vez más perfectos y felices. En este sentido, a Araciel le sale la veta "progre" y dice: "Sólo los muy malvados retrocederán en la evolución de las reencarnaciones. Por ejemplo, Hitler se convertirá en perro y retrasará veinte mil millones de años en su evolución".

Por cierto, que con Hitler hay muchos ocultistas muy enfadados y esto por varios motivos. En primer lugar, el ex cabo nazi era un ferviente creyente de las fuerzas ocultas y las utilizó para el mal. Los ocultistas creen que los desacredita. Segundo, está un asunto de robo y desaparición de viejos libros de hechizos y profecías que Hitler consiguió y perdió luego de mala manera. Está, por último, su racista persecución de gitanos y

homosexuales. Brujas y adivinos si algo odian de verdad y por razones obvias son las "cazas de brujas" de la forma y condición que sean.

Atado y bien atado

Hay épocas históricas, como dice Paul Nizam (3), en las que la reacción parece tan inexpugnable que las fuerzas revolucionarias renuncian a actuar en cuestiones sociales y se limitan a salvar el individuo. Ese sería el caso con todas las variantes que se quiera, de una parte de nuestro mundo. El Occidente desarrollado no padece sólo una crisis económica, sino, también, una crisis de miedo, incertidumbre y esperanza. Los años en torno a la primera guerra mundial, por ejemplo, fueron años de grandes esperanzas y de grandes terrores, en los que todo el mundo presentía que lo que se estaba jugando era una nueva remodelación del mundo por países y por clases sociales; el individuo contaba menos. Sesenta años más tarde todo parece estar atado y bien atado por la reacción, y ya ni siquiera se sabe cuál es el enemigo, porque al poder nacional le ha sucedido el imperial y a éste el transnacional de los grandes monstruos capitalistas.

En estas condiciones, ¿qué puede hacer el hombre medio, acosado, además, por su propia ignorancia, su alienación, el miedo a la violencia común y política, progresivamente angustiado por las noticias económicas y horrorizado por las noticias cotidianas? Imposible la rebellón, buena es la evasión. Dulces drogas y dulce violencia para los jóvenes. Dulce era de Acuario para los maduros.

En efecto, resulta consolador que alguien que se presenta con poderes sobrenaturales diga que tenemos por delante un porvenir de color de rosa. Los negocios van a ir bien, la soledad no nos acecha, la gente se va a volver mejor y, por último, sólo nos moriremos en apariencia para volver en una existencia mejorada. La era de Acuario es una hermosa utopía, un bello sueño en el que todos desearíamos creer. Lo malo es que una larga historia de amargo despertar nos ha prevenido contra los sueños que siempre —lo descubrimos entonces— tiene interesantes beneficiarios. La era de Acuario, como el sueño de los "jóvenes flor", el bello y falso mundo psicodélico de la droga o la frívola libertad de los "on the road", son sólo el nuevo opio del pueblo. El antiguo se quedó demasiado anquilosado y dogmático, con escasos atractivos y hubo que eliminarlo. Nada más que eso. ■ R. C.

(3) Paul Nizam: "Los materialistas en la antigüedad".